

Comentario al evangelio del lunes, 11 de diciembre de 2017

Para que veamos maravillas

La primera lectura nos presenta un cuadro maravilloso, que describe lo que supone la presencia del Señor al que esperamos: el desierto florece y, con él, el corazón humano, que se llena de alegría y siente que la vida renace, se curan sus enfermedades y son superadas sus limitaciones. La alegría por la presencia salvadora del Señor expresa el carácter de don, de gracia, de regalo que su venida lleva consigo. Así suena el precioso texto de Isaías. Pero esto no significa que debamos esperar sentados. Todo en el Adviento nos habla de una esperanza activa, de que tenemos que ponernos manos a la obra para preparar la venida del Señor. Y este es el mensaje del Evangelio, en el que vemos cómo se cumplen las profecías del AT: aunque Jesús ya está presente entre nosotros, tenemos que porfiar por encontrarlo, hemos de poner algo por nuestra parte, superar los obstáculos que, en este mundo, nos impiden llegar hasta él.

En el texto de Lucas se dice que el gentío impedía a unos hombres piadosos acercarse hasta Jesús al paralítico postrado en la camilla. Ese gentío podemos entenderlo como la masa, las opiniones comunes, los prejuicios (a favor y en contra) que rodean a Jesús. Es necesario buscar espacios y tiempos abiertos, sin escatimar esfuerzos, que hagan posible el contacto personal con Cristo. Si es preciso hay que abrir boquetes en los tejados, romper barreras físicas y, sobre todo, sociales. Sólo así, en el encuentro personal, podemos experimentar la fuerza sanadora de su Palabra. En primer lugar, la curación fundamental, el perdón de nuestros pecados, que nos debilitan, nos atan y hacen dependientes, nos impiden caminar con autonomía y libertad. Pero Jesús nos libera de esas otras ataduras que, tal vez, sin ser pecados, nos paralizan también de tantas maneras: los complejos y miedos, las heridas acumuladas a lo largo de la vida, los respetos humanos, los prejuicios, la incredulidad en torno, que, en este texto, está representada por esos supercreyentes, los fariseos, que no creían, sin embargo, en la posibilidad del perdón, de la rehabilitación del que estaba postrado (si lo estaba, pensaban, sería como consecuencia de sus pecados...). Es verdad que en esta vida nunca nos liberamos del todo. El paralítico, ya restablecido, tiene que cargar con su camilla. Es un símbolo del peso de la vida. Pero es también un recuerdo de la curación recibida: aunque cargando con la camilla, ya puede caminar por sí mismo. De hecho, las cargas de las que Jesús nos libera se convierten en experiencia con la que podemos ayudar a otros a obtener la liberación. El paralítico podía contar cómo había sido curado, podía ofrecer a otros su camilla para llevarles hasta Jesús. Y es que la hermosa utopía de Isaías está en camino, en curso de realización, sobre todo por la presencia entre nosotros de Jesús, pero también porque nosotros, curados por Él, podemos contribuir con el testimonio de nuestro amor a ir la haciendo realidad.

Saludos cordiales
José M.^a Vegas cmf

José M^a Vegas, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org